

I  
AL LECTOR CÓMPLICE



Saber sentir es saber decir.

MIGUEL DE CERVANTES

Escribir y leer es defender la soledad en que se está.

MARÍA ZAMBRANO

Son las circunstancias las que despiertan  
la poesía en el alma del poeta.

LUIS CERNUDA

Todo poeta habla de la vida para ser más  
más allá de la muerte.

JOSÉ LUIS REY

La poesía no nace ni muere. Vive. Está  
viva. Se acerca o se aleja. Pero siempre  
está despierta, como la mar.

GERARDO DIEGO

Para decir sólo lo visible de lo visible,  
mejor callarse.

EZRA POUND



Querido lector:

Con emoción y gran responsabilidad me dirijo a ti mediante este breviario en el que la vida y la poesía intentan respirar por el mismo pulmón, y en ti a todos aquellos jóvenes que no sólo habitan con frecuencia la geografía sin fronteras de un poema, su misteriosa altitud, sino que han sentido esa alteración inexpressible, ese silencio que precede a la nevada cuando ante una cuartilla han estado dispuestos a encarnarse dentro del lenguaje. Acto este que exige, si verdadero, la participación de todos los sentidos y un ejercicio del pensamiento, la memoria y la imaginación capaz de cambiar el sentido del tiempo, ahondándolo hasta hacer del instante eternidad.

Un breviario en el que reflexionaremos juntos autores y lectores, inseparables para que se consume cualquier creación, en compañía de un buen número de poetas leídos más allá de determinado criterio filológico y docente, buscando siempre el amanecer interior al que nos conduce la auténtica poesía, la fuente de conocimiento que entraña, los latidos que adquiere en ella la lengua, la capacidad de ésta para alumbrar una vida autónoma. Una tarea que, con pasión y responsabilidad, con suma humildad también,

intentaré que nos conduzca a la idea, convertida en acción, de que, como dice Antonio Colinas, «escribir poesía [y leerla, me atrevo a añadir] es una forma de ser y de estar en el mundo», con lo que esto implica de compromiso vital desde la raíz, de ausencia de cualquier frivolidad, interés económico o búsqueda de éxito, y de conciencia de que no se trata de una mera liberación personal, sino de una generación de experiencias con frecuencia desconocidas por el propio poeta, de una inmersión en las zonas más profundas del ser humano, de un saber no sólo racional. Y algo muy importante: el convencimiento de que no existe un acto creador en el vacío, sino que es parte de una tradición que a través de los siglos forma una sinfonía coral cuyas voces es imposible no escuchar.

No hay nada nuevo bajo el sol en cuanto a los temas, pero en su expresión verdadera sí puede arder de otro modo lo que en ellos hay de inmortal. ¿Cómo escribir por tanto un poema que adquiera tal entidad sin antes haber leído a los grandes autores y haber hecho de ellos nuestra corriente sanguínea? Ésta y otras preguntas, formuladas o implícitas, nos las haremos en las siguientes páginas, en las que con frecuencia me gustaría desaparecer, como sucede en no pocas ocasiones en el poema, para que sean poetas que forman parte de mi biografía los que hablen por mí. Aunque quizá escuchéis al fondo mi pulso que desde este momento os ofrezco con el único deseo

de celebrar con todos el tesoro de la poesía, y de entrar con vosotros en ese amanecer desconocido, pero desde su inicio pleno, en el que siempre nos instala el acto creador.



II  
A UN FUTURO POETA



Dichoso el que se cruzó en su camino  
con un noble espíritu en su juventud.

HÖLDERLIN

Franz Xaver Kappus, cadete de la escuela militar Wiener Neustadt y aspirante a poeta, se encontró en su camino con ese noble espíritu al que alude Hölderlin. Su nombre: Rainer Maria Rilke. Con él mantuvo una correspondencia entre 1903 y 1908, publicada tras la muerte del autor praguense bajo el título de *Cartas a un joven poeta*. En estas cartas vida y creación llegan a confundirse al ser ambas manifestaciones hondas del espíritu. Las ideas de Rilke sobre las artes y la poesía, y sus consejos a quien ha sentido ya el cielo y el abismo de dibujarse en una página en blanco, están trufadas por reflexiones sobre el amor, la soledad, la tristeza y hasta sobre los calambres más carnales. Por eso, estos textos son de iniciación y asunción de la propia historia personal, a la vez que de acercamiento al misterio e invisibilidad albergados en un poema.

En este diálogo epistolar de Rilke con el joven Franz —que podrías ser tú, amigo que nos lees—, hay algo que el poeta le pide especialmente a quien ha elegido, por encima de cualquier profesión, la poesía

como destino, y es que practique una mirada interior; que, lo parafraseo, «entre en sí mismo, investigue el motivo que le impulsa a escribir, compruebe si extiende sus raíces hasta el rincón más hondo de su corazón, y dígase a sí mismo si moriría en caso de que le estuviera vedado escribir». La mano por tanto que comienza a hacer signos en el papel no debe resbalar por el folio ajena a lo vivido, soñado o deseado, ni mucho menos dibujar en el vacío, sino que fiel al sonido del mundo y a sus íntimas pulsaciones, y movida por una necesidad imperiosa y para Rilke «testimonial», deberá despertar una lluvia luminosa de imágenes enclaustradas bordando en la sangre su anunciación, «intentando decir como si fuera el primer hombre, lo que vive, lo que ama, lo que pierde; describiendo todo ello con serena y humilde sinceridad». Hay una invitación a hacer del acto de la escritura algo auroral que permita —lo dice el autor de *Elegías de Duino*— «regresar a la infancia, ese santuario de la memoria» en el caso de que la biografía de Franz, y otra vez pensamos en ti, autor-lector, todavía tenga un limitado horizonte.

Así pues, quien aspire a ser poeta ha de responder en primer lugar a un verdadero estado de necesidad, cuya temperatura se mide mediante el termómetro más fiable, el de la hondura de la mirada interior, consciente de que todo sucede dentro de nosotros, donde se generan primero las preguntas que tendrán

más adelante respuesta. «El creador debe ser un mundo por sí mismo y encontrarlo todo en sí mismo y, esto es sustancial, en la naturaleza». Añadido, este de la naturaleza, que es, repetimos, basal en la obra de Rilke, quien se arrodilla ante todas sus manifestaciones, continuamente engendradoras de misterio y tan únicas y sencillas como un soplo original. Y para habitar ese mundo interior imprescindible a la hora de escribir un poema, necesitamos —lo apunta Rilke— de «una llave que abre todas las puertas: la soledad», una soledad fecundadora, sin nadie, pienso, para tocar fondo en nuestra propia verdad; y desde allí —«aun con dolor», expresión rilkeana—, ir conquistando la verdadera compañía, sin rostro, invisible en tantas ocasiones, pero plena de llamadas que no dejan de crecer, donde tienen su lugar los ausentes que son nuestra memoria, que nunca cicatrizan dentro de nosotros, pues existimos desde su herida.

A tenor de lo dicho, y teniendo como guía estas *Cartas a un joven poeta* de Rilke, necesidad y soledad son dos pilares aéreos, como lo es todo en la concepción de un poema, fundamentales, a los que debemos añadir la búsqueda de una voz propia e interior, la humildad y la paciencia como elementos fortalecedores de nuestra escritura; y no estar más atentos a lo que nos digan los demás que a la escucha, insistimos, de nuestra voz interior. Y desde luego, no esperar más recompensa que la satisfacción por la obra bien hecha.

He dejado para el final, como precipitado básico de estas cartas, el amor, sentimiento en el que todas las venas de la existencia desembocan y que es núcleo vivificante en la obra del poeta de Praga. Una cumbre, el amor, que es la meta de esa ascensión que se produce en la poesía con mayúscula. «Los jóvenes —escribe en sus cartas—, principiantes en todo, aún no dominan el amor: aún tienen que aprenderlo. Han de aprender a amar con todo su ser, con todas sus fuerzas congregadas en torno a su corazón solitario y ansioso, que late hacia las alturas. Amar en el individuo es un noble motivo para madurar, para llegar a ser algo en sí mismo, para devenir mundo, mundo para sí mismo en aras de otro. Es una exigencia grande e inmoderada a la que hemos de hacer frente, algo que nos señala y nos llama a destinos lejanos. El amor nos invita a reflexionar sobre nuestra propia vida [...]. Crear a partir de una íntima plenitud —dice más adelante— es dar a luz».

Además de lo transmitido por este poeta medular, amar sintoniza en él con las ideas de eternidad y de infinitud, líquido amniótico para el desarrollo de todo proceso creador. «Cualquiera de los versos de Rilke —señala Stefan Zweig—, por efímero que sea su punto de partida, tiende hacia la eternidad, crece como el árbol que hunde sus raíces en lo hondo de la tierra para elevarse hacia Dios. El poeta toma una palabra e introduce en ella todo lo creado o, si

se prefiere, crea un concepto para que en su interior prenda la chispa del infinito».

Quizá, como resumen de estas cartas que el autor de los *Sonetos a Orfeo* dirigió al cadete Franz Xaver Kappus —cartas que no ha dejado de escribir a los jóvenes poetas—, nos sirvan otras palabras suyas: «El arte es sólo una manera de vivir, y es posible prepararse para ello sin saberlo, simplemente viviendo sin más». La creación poética, añadimos, y a ello sirve este breviario, es algo tan serio como la propia vida. Es un destino.